

Raymond Aron

## Clausewitz y la guerra popular

Traducción: Fernando Cubides

*Conferencia pronunciada en la sesión pública anual de las Cinco Academias del Instituto de Francia. París, Miércoles 25 de Octubre de 1971.*

Carl Von Clausewitz pasa, a justo título, por el más célebre de los escritores militares, tal vez el único del que ningún hombre culto puede darse el lujo de ignorar o su nombre o y al menos dos o tres de sus sentencias. Gloria póstuma que parece reparar las injusticias de las que fue víctima el oficial prusiano, culpable, a ojos de su propio rey, de haberse puesto al servicio del zar para combatir a Napoleón en 1812. Gloria, cargada a su vez de todos los malentendidos que él mismo llegó a presentir en la advertencia que redactara al momento de cerrar el manuscrito inconcluso, que dejaría a su mujer, María Von Brühl, la tarea de publicar.

¿Cómo han leído su obra *De la Guerra* quienes gustan de citarla? Aún en alemán, me parece que todavía hoy la literatura que hay sobre ella es relativamente pobre. Pocos analistas se dan a la tarea de seguir en detalle la argumentación del más sistemático y más filosófico de los tratados que se hayan consagrado a la estrategia. El inglés Sir Basil Lidell-Hart ha escrito que Clausewitz usaba un lenguaje filosófico sin poseer él mismo un verdadero espíritu filosófico.

Marx y Lenin lo juzgaban de una manera distinta. El 7 de Enero de 1855 Engels, que acababa de leer a Clausewitz escribía a su amigo : “*Ahora leo entre otras cosas lo que escribió Clausewitz sobre la guerra. Extraño modo de pensar, pero en la sustancia es óptimo*” A los pocos días Marx le respondió: “*el tipo tiene un **common sense** que raya con la inteligencia*”. En lo que respecta a Lenin, estudia la obra maestra de Clausewitz, capítulo por capítulo, extrayendo, según era su costumbre,

cuidadosas notas de lectura en un cuaderno especial, con anotaciones al margen. Son notas de una rara perspicacia, que de paso le asegurarán a Clausewitz un sitio en el Panteón de la Unión Soviética, llegando a afirmarse de él que entre los pensadores burgueses es uno de los que el marxismo-leninismo recoge y enriquece.

Al igual que la de Maquiavelo, con la que guarda más de un paralelo, la carrera de Clausewitz se divide en dos períodos: el de la acción y el de la meditación sobre los acontecimientos vividos. En 1792 toma parte en la campaña del ejército prusiano contra la Francia revolucionaria, como portaestandarte y teniendo apenas doce años, de tal modo que su cuerpo, de niño todavía, desaparece tras los pliegues de la bandera que lleva. En 1815 está presente en la última batalla que librara el “dios de la guerra” como solía llamar el propio Clausewitz a Napoleón su admirado enemigo; y allí aconseja la retirada al general Von Thielmann, comandante del cuerpo de ejército prusiano que dejara Blücher frente a Grouchy, y antes de conocer la derrota del ejército francés en Waterloo. Ese día no acude pues a la cita con la gloria, a la que aspiraba con toda su alma. Durante diez años, de 1820 a 1830 comanda en Berlín la Academia militar, pero, ironía suprema, no ejerce más que un cargo administrativo, sin ninguna influencia sobre la enseñanza, desconocido prácticamente por los alumnos que solían burlarse de su nariz enrojecida, recuerdo de los inviernos de su campaña de Rusia.

En la experiencia histórica, del fracaso personal suele salir el pensador; aun cuando no haya publicado nada con su nombre mientras vivió, Clausewitz no ponía menos pasión en sus escritos que en sus acciones de combate o en la reforma de Prusia, tras la derrota de Jena y de su regreso de la cautividad. Lo señaló en varias ocasiones lo que quería escribir es una teoría de la guerra, que fuera instructiva para las generaciones venideras tanto como para sus contemporáneos. Aquella expresión que había usado Tucídides al comienzo de su obra: “monumento edificado para siempre”, es algo con lo que él mismo sueña. De esa ambición deriva la actitud común que encontramos en el estratega e historiador griego y en el estratega prusiano: el desprendimiento, el apartarse de toda emoción aparente, el esfuerzo por una objetividad total. Clausewitz que en sus años de acción odiaba al conquistador enemigo, y odiaba más aún a aquellos de sus compatriotas que desesperaban de su patria, él que en su profesión de fe de 1809, desarrollaba con una elocuencia patética los argumentos racionales y las razones del corazón para reemprender la lucha hoy, mañana, aquí y en todas partes, el resistente por excelencia, mira luego ya transcurridas, las guerras de la Revolución y del Imperio, el derrumbe de Prusia, la cadena de

triumfos y luego la catástrofe de Napoleón, como si se tratara de una historia ya lejana, de un destino que sus protagonistas hubieran sufrido sin comprender, y del cual corresponde al teórico sacar a la luz su lógica oculta, para edificación e instrucción de quienes vayan a asumir luego la responsabilidad de los Estados.

Clausewitz, que prácticamente no se había quitado el uniforme desde sus doce años y hasta el día de su muerte en 1831, había adquirido por sí mismo una cultura de la que dan cuenta la diversidad de sus estudios y de sus trabajos. Prisionero en Soissons, estudia las matemáticas. Entre sus manuscritos figura un escrito sobre estética, influenciado por lo que parece por la obra de Kant, *Crítica del Juicio*; no me parece sin embargo que sus lecturas ni el curso que toma con un divulgador de Kant, Kiesewetter, hayan determinado la orientación de su pensamiento. Es la propia realidad de su tiempo la que lo va induciendo a elevar su pensamiento no solo de la táctica a la estrategia, sino de la estrategia a la política y por esa vía, a la filosofía de la historia. Entre las maniobras de los ejércitos aristocráticos propias del siglo XVIII y las batallas de masas de la época revolucionaria, hay de todas maneras rasgos comunes. Se trata de la guerra en uno y otro caso. ¿Qué concepto abarca a ambos tipos de guerra? O para decirlo con una famosa sentencia del Mariscal de Saxe, solo jefes incapaces o un jefe genial como Napoleón libran batallas y guerras del mismo modo, buscando en cada una de ellas la definición de toda una campaña. ¿Qué sistema conceptual permite pues pensar simultáneamente la unidad y la variedad del fenómeno que es la guerra? ¿Cómo aprehender el concepto sin perder contacto con las coyunturas singulares, que son irrepetibles? ¿Por qué las guerras toman a veces formas tan sutiles como los desafíos de esgrima para desencadenar luego una tempestad de violencia y la crueldad de los instintos primitivos?

A esos interrogantes filosóficos (sobre la relación entre el concepto y lo concreto) e históricos (relación de las sociedades, de sus ejércitos y de sus guerras) el tratado de Clausewitz se esfuerza en dar respuestas, y a la vez de sentar la primacía de la política sobre la estrategia, del jefe de estado sobre el comandante en jefe de las fuerzas armadas, y del objetivo político sobre el objetivo militar. El período inaugurado por la Revolución Francesa contiene en germen todas las modalidades de conflictos políticos, todas las formas de hostilidad de las que Europa será el escenario privilegiado en el siglo siguiente. No es sorprendente entonces que una teoría como la de Clausewitz permita formular, aunque no necesariamente resolver, los problemas que enfrentan los jefes de estado y los jefes militares, al menos hasta Hiroshima y Nagasaki, y eventualmente más allá.

De las ideas de Clausewitz la mayor parte de sus lectores retienen su interpenetración con la estrategia napoleónica. A comienzos del siglo XX los estrategas de ambas orillas del Rin disputaban acerca de esa interpretación. ¿Había el prusiano comprendido lo esencial de la guerra? Pero de ninguno de los dos lados del Rin (posiblemente con la excepción de Jean Jaurès) parecían acordarse del capítulo XXVI del Libro VI, titulado *El pueblo en armas*. Y ese capítulo es el esbozo de una teoría de la guerra de guerrillas, integrada en una teoría general de la estrategia, y que representa un elemento importante, no marginal, del pensamiento de Clausewitz.

Recordemos para comenzar, que según él es la participación del pueblo en los asuntos de estado lo que constituye la causa decisiva del carácter implacable, hiperbólico, de las guerras revolucionarias, a diferencia de esas guerras de encaje y peluca conducidas por los distintos gabinetes europeos en medio de la indiferencia popular. Es la revolución la que hace de todos los hombres aptos, soldados, aún antes de hacer de ellos ciudadanos activos. Pero incluso ese reclutamiento masivo, esa leva en masa, no constituye todavía lo que se llamará más adelante la movilización total; la cual significa a su vez que todos, hombres mujeres y niños tomen las armas para que la guerra se convierta en efecto en un asunto de la nación entera.

Clausewitz ha meditado tanto sobre la derrota final de Napoleón como sobre sus espléndidas victorias, y volvió su mirada así mismo hacia la Vendée, hacia España, hacia Rusia. Entre sus manuscritos figura una crónica de la guerra de España, redactada en francés, así como un detallado relato de la guerra de la Vendée<sup>1</sup>. Actor y protagonista, prepara con Scharhorst la reorganización del ejército de Prusia, y la organización de la milicia territorial. Esperaba que los alemanes se levantaran, unánimes y resueltos, contra los franceses invasores, los campesinos con sus azadones, los obreros con sus picos y palas, todos con sus herramientas de trabajo a falta de armas. La pasividad de los alemanes, pese al famoso llamado de su rey, lo decepciona profundamente. Como pensador, aprecia y valora en todo su significado la contribución de la guerrilla española a la derrota del Emperador, y en pocas páginas redacta lo que serían las reglas para el empleo de ese tipo de combate.

---

<sup>1</sup> Insurrección campesina contrarrevolucionaria que asoló entre 1793 y 1796 a la región francesa del mismo nombre. Tuvo su origen en la leva de 300.000 hombres votada por la Convención (23 de febrero de 1793). Bajo el mando de campesinos y de nobles se formó un ejército realista y católico que tuvo en jaque a las tropas republicanas hasta ser vencido en octubre de 1793. La tradición contrarrevolucionaria de la Vendée rebrotó en ocasiones posteriores. (N. Del T.)

*“La guerra popular, como tiene algo de vaporoso y fluido, no debe concentrarse en parte alguna en ningún cuerpo sólido, de lo contrario el enemigo envía una fuerza adecuada contra él y lo destruye”* Imagen aérea, y no como aquella de Mao Ze Dong, del agua, pero tienen en común la fluidez; fluidez de los partisanos dispersos e inalcanzables. La ventaja de la que disfrutaban los guerrilleros contra un ejército regular es difícil expresarla con más fuerza que en las frases siguientes: *“Si se trata de destruir las rutas y bloquear los desfiladeros, los medios que puede utilizar un ejército regular son, con relación a los que emplea un grupo de partisanos, como los movimientos de un autómatas con relación a los de un ser humano. Los primeros esfuerzos de un levantamiento popular, siendo débiles aún, intentarán controlarse con unos pocos destacamentos regulares, pero es al contacto con esos destacamentos que el incendio de la guerra se extenderá más y más”* Así mismo Clausewitz formula rigurosamente el doble principio - defensa estratégica - ofensiva táctica- que Mao Ze Dong ha señalado para la primera fase de lo que concibe como guerra popular. Y añade Clausewitz allí: *“Con ese gran medio de defensa estratégica, no hay que acudir a la defensa táctica o sólo se acude a ella de modo excepcional. La tropa popular, debe dispersarse y proseguir la defensa mediante ataques por sorpresa más que concentrarse y arriesgar así ser cercada en el estrecho terreno de una posición defensiva regular”*

Las reglas que formula Clausewitz acerca de las relaciones entre los guerrilleros y los soldados regulares conservan así mismo un valor actual: los rusos en la Segunda Guerra mundial organizaron a una escala muy vasta la acción de los guerrilleros, gracias a los destacamentos y oficiales del ejército regular que enviaron tras las líneas alemanas.

¿Por qué Clausewitz, el organizador y teórico de la guerra popular ha sido olvidado durante tanto tiempo en este aspecto? Ya en su época el estado mayor prusiano, y mas aún el propio Rey desconfiaban de esa práctica, extraña a las tradiciones prusianas, aquellas que instaurara el Rey-sargento y que continuara Federico II. La pregunta era: ¿contra quién volverá el pueblo sus armas una vez derrotado el invasor? Clausewitz seguía con amargura el retorno forzoso de los monarquistas conservadores, que lejos de ocuparse de una reclutamiento general desconfiaban de esa movilización y de la milicia territorial y de las tropas de reserva que se habían creado. Mantenía sin embargo el orgullo de la parte que le correspondió en esa organización, y mostraba como ellas no habían desplegado menos coraje que el ejército regular en 1813, en 1814 y 1815. ¿Qué hay que temer más- se preguntaba indignado- la invasión extranjera o la revolución? Un gobierno seguro del apoyo popular con que cuenta no debe temer armar a sus súbditos. Clausewitz, lector atento de Maquiavelo no concibe una defensa confiada exclusivamente a los profesionales como si la nación debiese asistir

pasivamente a los combates que deciden su destino. *“Ningún Estado debe admitir que su propia existencia dependa de una sola batalla por decisiva que pueda parecer. Tiempo de morir siempre hay, y aun por impulso natural un hombre que se aboga se aferra a una brizna de paja. Está en el orden natural del mundo moral que un pueblo así acosado contra el abismo acuda hasta el último medio de salvación para no caer”*.

No lo olvidemos: Clausewitz no presenta el recurso de armar al pueblo, más que como un medio de defensa. Aun más, tengamos en cuenta que durante dos años dictó un curso en la Academia militar de Berlín sobre este tipo de guerra, la guerra popular, técnicamente, no constituye en su sistema mas que una de las modalidades de la guerra a pequeña escala, que libran los destacamentos compuestos de 200 a 300 hombres . Para que una guerra popular pueda forzar a un invasor a abandonar el país, escribe, sería menester, que se contara con espacios tan vastos como los de Rusia, y por ende una extrema desproporción entre la fuerza del ejército invasor y las dimensiones del territorio.

Guerra popular, he dicho, y no guerra revolucionaria; pues Clausewitz no sale del marco de la política europea. La pequeña guerra, con el concurso del pueblo, figura entre los medios de defensa, y contribuye a la superioridad de la defensiva sobre la ofensiva, le da su oportunidad y le devuelve su futuro a aquel país que haya perdido su primera batalla, señala los límites de la estrategia napoleónica de aniquilamiento, exige que exista entre los combatientes y la nación una confianza recíproca y una voluntad común: de ahí salen las propuestas de reforma de Stein, Scharnhorst, Gneisenau, tras la derrota de Jena, que implican la abolición de los castigos corporales, con el fin de crear un ejército nuevo, que a diferencia de aquel de Federico el Grande estuviese compuesto si no de soldados-ciudadanos, al menos de soldados conscientes de su adhesión al rey y a la patria. En esa materia Clausewitz será conservador hasta el fin de sus días pues no se fía enteramente en el potencial revolucionario del pueblo en armas.

El propio Lenin no descubre el secreto de la guerra revolucionaria en este tratado que estudia con tanta asiduidad y que cita con frecuencia en los cruciales años entre 1917 y 1921. Interpreta las enseñanzas de Clausewitz en relación con el objetivo al que dedicó toda su existencia. Esas enseñanzas comportan una relación de doble vía entre ejército y política. El ejército es un medio al servicio de la política y la política determina la organización, el modo de combate de los ejércitos . Lenin extrae la conclusión de que del régimen interior de los estados depende la naturaleza de las guerras que emprendan, justas o injustas, imperialistas o antiimperialistas: une en fin, en una sola teoría, la teoría de la guerra y la teoría de la revolución. Guerra civil o guerra entre naciones, la guerra es un instrumento que el estratega debe dominar, sean sus miras la revolución mundial o la

salvación nacional. Diga lo que diga, será Stalin y no Roosevelt quien habrá de conducir la guerra de 1939 a 1945 conforme a las lecciones del oficial prusiano.

Y será Mao Ze Dong quien retomando o asimilando las enseñanzas de la guerra de España, reelabora la doctrina de la guerrilla y de la guerra prolongada. La guerra popular se convierte así en guerra revolucionaria, medio tanto de ataque como de defensa. Una vez más la lógica de los extremos trasciende las barreras impuestas por la costumbre o por la moral.

Los profesionales, que en la época se oponían al desencadenamiento de la violencia, que se empeñaban en mantener la diferenciación entre civiles y militares ¿no se muestran a la larga más sabios? Lidell Hart ha sostenido esta tesis. El propio Clausewitz se ha interrogado eso, sin responder: se la traslada a los filósofos, es a ellos quienes corresponde discernir si este tipo de guerra, o incluso la guerra en general, es o no conveniente para la humanidad. Como hombre de acción que era no vacilaba: para la salvación de la patria se deben movilizar a todos los patriotas. Resistente, en el sentido que tiene esa palabra a comienzos del siglo XIX, no vaciló en sumarse al campo contra el cual su propio rey mandó un cuerpo de ejército que llegó a hacer parte de la *Grande Armée*<sup>2</sup> El más brillante de sus camaradas de promoción en la Academia militar de Berlín cae vistiendo un uniforme ruso, muerto por una bala prusiana.

Clausewitz justifica el armamento del pueblo como una cuestión de eficacia. Cuando nosotros mismos evocamos un pasado de hace un cuarto de siglo, tal vez el argumento moral nos convenza tanto como el argumento pragmático. Sea que vista o no de soldado, el hombre defiende su alma cuando un invasor arrasa con su país y con su libertad .

Permítanme concluir con dos juicios que nos revelan al hombre más allá del patriota ardiente de pasión, o del teórico, calculadamente frío. Uno es una nota hallada entre los papeles de Clausewitz en la que juzga los métodos empleados por Barrère en el Comité de Salud Pública para confrontar a la contrarrevolución de la Vendée: *“métodos poderosos, pero tan crueles, tan carentes de sensibilidad, tan contrarios a la dignidad de los hombres que los propios vandeanos sacaron de su desespero nuevas fuerzas para combatir y obligaron así a los republicanos a volver a la moderación.”* (...) *“La crueldad librada a sí misma, ha hecho renacer la guerra a muerte”*.

---

<sup>2</sup> Nombre que Napoleón dio al conjunto de tropas, de varios países aunque francesas en su mayoría, con la que emprendió la invasión de Rusia en 1812 (N. Del T.)

El segundo de los juicios lo he tomado de las cartas fechadas en París en 1815. Clausewitz había detestado a los franceses mientras duró la ocupación de Prusia; cuando vuelve a Francia, en calidad de vencedor y ya no de prisionero, juzga sin indulgencia la conducta de sus compatriotas, se opone a Blücher quien quería hacer saltar el puente de Jena,<sup>3</sup> y se querella con Gneisenau quien deseaba la ejecución de Napoleon; no encontraba gracioso el espectáculo de un pueblo apabullado por el ocupante. Tal vez comprendiera la verdad, tan a menudo desconocida, de que la autoridad suprema le corresponde al jefe de estado y no a los generales.

A comienzos del siglo XX, un comentador francés, Camon, escribía que Clausewitz era el más alemán de los alemanes, y que su obra sumergía al lector en una bruma metafísica. A lo que respondió otro comentador del lado alemán: “¡ Tanto mejor! De ese modo los franceses no comprenderán jamás a Clausewitz ni el secreto de nuestra fuerza ¡ “Los franceses en el siglo XX le han quitado ciertamente a los alemanes el monopolio de la bruma metafísica, y de victoria en derrota y de derrota en victoria tal vez los dos pueblos hayan descubierto un secreto más valioso aún: el de la paz”.

---

<sup>3</sup>Puente en París, sobre el Sena, que hizo construir Napoleon para conmemorar su victoria sobre los prusianos.

**Raymond Aron**

## **Clausewitz y la guerra popular**

Traducción: Fernando Cubides

### **Resumen**

Con motivo de la sesión pública anual de las Cinco Academias que componen el Instituto de Francia en 1972, una ocasión no exenta de ceremonial ni de grandilocuencia pero en la que a la vez, en una tradición que viene desde Richelieu, uno de sus integrantes pronuncia una oración que ha de ser rica en forma y contenido, y suele estar referida a los problemas del momento. En este caso el sociólogo Raymond Aron, de los pensadores franceses del período uno de los mejor dotados para establecer nexos con la cultura alemana toma un aspecto de la obra de Clausewitz. Egresado de Heidelberg, conocido en la literatura sociológica por una interpretación de amplio vuelo (Etapas del pensamiento sociológico) a la vez contribuye a la difusión e interpretación de la obra de Max Weber y de otros sociólogos alemanes. Muy temprano se interesa en la obra del militar prusiano, luego convertido ya en un intelectual muy influyente lo retoma en este breve texto se anticipan el contenido de la obra mayor que le dedicará a Clausewitz.

### **Abstract**

This is the text of Aron's inaugural address at the Institut of France in its public seance in 1972. In such a occasion an analysis of Clausewitz life and work had to have many effects. The french thinker (a sociologist well known by his book Main Currents in Sociological Thought two Vols. New York 1967) is very conscious of the fact that, in the classical sense, war in general is a continuation of politics by other means, and this is particularly true for him when it analyses the guerilla warfare. The experiences of France in the last wars led him to revise his opinions about Clausewitz and about guerilla warfare. Nevertheless, Clausewitz would make two qualifying arguments about this point. First, military violence is required only when the conditions or changes a political actor seeks cannot be achieved through political, economic or psychological means. Moreover a military-political effort would be a potent combination of ways and means of controlling conflict associated with the gray area phenomenon.

